

que dice; por que sabe sentirlo, y dividir los intervalos de sus ideas. El que no sabe puntuar no sabe pronunciar, ni tampoco leer; y el que ignora uno y otro ¿ como podrá puntuar? El que es artífice de la máquina, sabe las piezas que necesita, y donde se deben colocar; y con este conocimiento le dá juego y accion.

## ARTÍCULO II.

### DEL NÚMERO ORATORIO.

Hasta ahora hemos examinado las partes mayores y menores que constituyen el cuerpo del período, consultando mas con la gramática, la lógica, y los sentidos, que con el número oratorio que forma la armonía de la elocucion. Esta nace, no solo de la medida y construccion de las partes de la oracion, sino tambien del modo de concertarlas, no poniendo notable desigualdad entre los miembros de un mismo período, y evitando los períodos excesivamente dilatados, y las cláusulas muy ahogadas, porque, como queda dicho mas arriba, en la serie del discurso su extension no nos ha de hacer perder el aliento, ni volverlo á tomar á cada instante. Los asientos del período han de ser

llenos de hermosura y magestad en lugar que el lector respire y descanse: y con esta armonía se manifiesta cierta facilidad que hace desaparecer el artificio de los números. D. Diego de Saavedra, que no desconocia el número y armonía en ciertos lugares de sus empresas, nos presenta este noble exemplo quando dice: *Cayó el Imperio Romano, y cayeron, como es ordinario envueltas en sus ruínas las ciencias y las artes; hasta que, dividida aquella grandeza, y asentados los dominios de Italia en diferentes formas de gobierno, floreció la paz, y volvieron á brotar á su lado las ciencias.*

En algunos escritores su número, ó mas propiamente su armonía, está mas en la construccion gramatical que en la forma oratoria, como si dixésemos, que éste numero está mas en la estructura mecánica de la frase, ó de los miembros separados, que en la composicion y complemento del período. Este sale de su medida natural y lógica siempre que los miembros que deben comprehenderse dentro del círculo de la proposicion, se hallan tan cargados de miembros accesorios á la idea principal, que cortan su compás á la pronunciacion, quitan á la respiracion su descanso, y confunden el orden y sentido de la sentencia, en daño de la claridad y la elegancia. Tambien padece la armonía si estos miembros accesorios, por ser



poco variados en tonos y medida, no guardan la conveniente proporcion entre si en su extension, como quando se cierra el período con seco, breve, é insonoro final.

No pretendemos por esto que todos los miembros del período sean iguales en el número de vocablos de que resulten cadencias ó desinencias semejantes, que es gusto pueril, ó carencia de todo gusto. La variedad diferenciada es la que deleyta en todas las cosas, y mucho mas en lo que vemos y oímos. El número mueve, deleyta, y suspende; pero ha de nacer del número de la frase, y seguir su estructura, compuesta de tales ó tales dicciones, que le den variedad, de que es muy estudiosa la misma naturaleza. Aquí entra el arte y el juicio para no trabar sílabas y palabras siempre de un mismo tenor y sonido.

Pero tambien sucede en aquellas oraciones que llaman sostenidas y numerosas, y que á manera de rios de mansa corriente, y de espaciosas revueltas llevan un camino muy largo y pausado hasta el mar, que el lector ú oyente, conocida ó prevista la última sentencia que ha de contrastar con la primera, vé de lexos, mas no alcanza, el término donde ha de descansar la impaciencia de su deseo. Tanta es la molestia que sufre en el detenido curso de estos períodos graves, llenos, y sosegados, henchidos de palabras ociosas, artificialmente colocadas.

Y como la afectacion y la violencia son enemigas de toda perfeccion, no lo son menos en este punto. El exercicio y el oido, mejor que todo esfuerzo del estudio, y sobre todo una atencion profunda en los buenos modelos, enseñarán mas que todas las reglas. El escritor exercitado, y probado en componer, percibe por un hábito, ó digamos, instinto músico, la sucesion harmónica de las palabras; de la suerte que un lector diestro ve de una ojeada las sílabas y las palabras que preceden y las que siguen en un escrito.

El siguiente exemplo podrá darnos una idea de la grata consonancia del número, quando nace de la igualdad, discreta distribucion, y concierto de los miembros del período: Oygamos al P. Marquez quando dice: *Antes que el alma siga á toda rienda el deleyte del sentido, le parece suave cosa al varon santo mortificar el deseo, y domar la inclinacion rebelde de la carne, borrando con pensamientos amargos las memorias dulces de la sensualidad.* Esta oracion llena, corriente, y sostenida de miembros numerosos, perderia gran parte de su harmonía trocando la colocacion de las palabras, que hacen la cadencia de sus cláusulas flúidas y sonoras; y no se faltaría por eso al sentido del concepto, ni á la claridad del estilo. Todo el mérito de esta oracion desaparece mudandola de esta manera; por exemplo: *antes que siga el*



*alma el deleyte del sentido á rienda suelta—domar la rebelde inclinacion de la carne—borrando las memorias dulces de la sensualidad con pensamientos amargos.* La composicion, en quanto á la grámatica, es la misma; pero en quanto á la eloqüencia, es como un instrumento sin voces, ó como voces sin canturía.

Aunque la oracion que llamamos elegante y magnífica sigue cierta cadencia numerosa, no tiene una medida determinada como la poesia. Por eso el escritor discreto cuida de que su prosa no tome el rithmo riguroso de la versificacion, pues se observa que toda composicion grata y sonora comunica al estilo la fluidez y harmonía del metro, sin darle su monotonía.

Otras veces, por no faltar al número, se añade, ó se repite una palabra ó partícula, contra la índole gramatical de la lengua, y el uso de su syntaxis. La lengua castellana admite en su construccion ordinaria y usual la repeticion de artículos y pronombres en ciertos casos, y en otros los desecha. Pero, quando se quiere buscar el número lleno y sonoro de la frase, se puede sacrificar muchas veces la estructura gramatical á la oratoria. En la construccion comun diremos bien; *perdieron estos hombres honor y fortuna*, sin artículos ni pronombres. Diremos bien *perdieron el honor y fortuna* interponiendo el artículo masculino. Asi mismo podremos decir *perdieron su honor y fortuna*,

interponiendo un solo pronombre. Pero en esta frase, para caer numerosa y harmónica, echa menos el oido una voz que llene la medida; y asi dirá el orador *perdieron su honor y su fortuna*, repitiendo el pronombre, y aun se concluirá con número mas completo, con la repeticion de los artículos, diciendo: *perdieron el honor y la fortuna*.—Lo mismo se manifiesta diciendo *el fomento de las ciencias y artes*. Está frase no tiene el cabal número que pide una sonora cadencia, solo por faltarle el artículo á la palabra artes, debiendo decir *el fomento de las ciencias y las artes*. Véase como un solo monosílabo, que no es notable ni esencial en el lenguaje vulgar, da ó quita toda la hermosura y harmonía á la frase oratoria. En las caidas y cadencias finales, ya del período, ya de sus principales miembros, evita el orador de buen gusto, y de oido exercitado, que terminen en palabra poco digna, insuave, ó lánguida, y nunca en monosílabos, excepto quando en ellos, y en aquel lugar, se junte la energía y demostracion de algun afecto.



## DE LA HARMONIA.

Del número nace la armonía de la frase, y la elegancia de la elocucion oratoria. La armonía, hablando con propiedad, es la agradable sensacion que resulta de la simultaneidad con que muchos sonidos acordes hieren el órgano del oido. Abúsase generalmente de esta voz *armonía*, confundiendola con los efectos de la melodía, que son aquel deleyte causado por la sucesion de muchos sonidos. Asi es que, quando oímos ó leemos un discurso, percibimos el sonido de cada sílaba, de cada palabra, de cada cláusula, de cada período, por que la pronunciacion no puede alterar este orden, ni precipitarlo. Sin embargo, por no faltar á la comun inteligencia, y proceder con claridad, conviene servirnos aqui de la voz generalmente adoptada de los retóricos, aplicando á la idea de armonía la que expresa la definicion de la voz melodía.

Es esta armonía la música del language, que por una feliz mezcla de números y sonidos expresa los movimientos de nuestros afectos, y el espíritu de nuestros pensamientos, y se pinta con ella á los oidos, de la suerte que se pinta á los ojos con los colores. La armonía pone una especie de contrapeso y equilibrio entre las

partes mayores y menores del período, ya suspendiendo unas, ya precipitando otras, sin detener jamas el curso de la oracion, ni interrumpir el deleyte del oido.

Pero hay personas tan mal organizadas, ó tan poco habituadas á percibir el buen sonido y dulzura de las palabras, asi en poesía como en prosa, que son excusadas reglas y exemplos á formarles el oido, para distinguir lo áspero de lo flúido, lo bronco de lo suave. Sucédeles lo que cuenta Plutarco de aquel rey de los Scitas, que habiendo cautivado en la guerra al célebre músico Ismenias, le mandó tañer la flauta; y como todos los otros cautivos se maravillasen de su habilidad; *juro (dixo) por el viento y la espada, que de mejor gana oiría relinchar un caballo.*

La armonía de la prosa es mas incierta en sus reglas que la de la poesia. Y aunque en ambas tiene por juez al oido; en la primera no es este sentido su sola y mas segura guia. Cierta tino, el buen gusto, y la discrecion ponen límites á la armonía, para que no se convierta en metro; que sería un defecto lo que en la poesia es una perfeccion.

El escritor prosista ha de cortar ó dilatar la medida de sus frases, interpolar el claro y el obscuro, los llenos y los vacíos, para evitar la simétrica sonoridad. Pero el poeta puede pasar á ser músico; y como toda música tiene tonos



y compases, de consiguiente tiene reglas para la composición. Por esto es tan difícil tomar, con la economía y tiento que requiere la prosa, el ayre de la música: escollo en que han caído algunos por afectación, y no pocos por negligencia. Sea exemplo de este descuido, ó demasiado cuidado, este trozo de Lorenzo Gracian, donde dice: *a los grandes hombres los mismos peligros, ó los temen, ó los respetan: la muerte á veces recela el emprenderlos, y la fortuna les va guardando los ayres. Perdonaron los áspides á Alcides, las tempestades á Cesar, los aceros á Alexandro, y las balas á Carlos Quinto.* Las últimas cláusulas, aunque bien variadas en sus desinencias de *ides, ésar, andro, into*, tienen el ayre y cadencia métrica, que sienta mal á la prosa.

Con mas acierto, si no con menos estudio, supo Solís dar á la prosa el número armonioso que puede admitir, quando dice: *Los hechos de Christobal Colon, lo que obró Hernán Cortés, y lo que se debió á Francisco Pizarro, son tres argumentos de historia grandes, compuestos de aquellas ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas, que dán materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y útiles exemplos al entendimiento y valor de los hombres.* La cadencia de las tres últimas cláusulas es mas natural y grave, aunque menos sonora, pues no tiene la forma y ayre métrico.

La harmonía del estilo se forma de la harmonía de los períodos, y la de estos de la de sus miembros, y así sucesivamente descendiendo hasta las cláusulas y vocablos. Baxo de dos aspectos, pues, se puede considerar la harmonía de la oración, ó por la modulación agradable de sus partes constitutivas, ó por la estructura y co-ordinación del todo.

Entre los elementos del primer género de la harmonía se debe tener presente el valor silábico de las palabras que componen una frase, es decir, sus largas y breves, cuyos sonidos lentos ó rápidos sostengan ó precipiten la pronunciación, como en estos exemplos *mártir constante*, donde se detiene por la dificultad y esfuerzo en la articulación vocal: y *rápida bola*, donde corre fácil y acelerada. Igualmente merece atención la calidad de las palabras, no quiero decir su mayor ó menor nobleza, decencia, propiedad, lustre energía; sino aquella diferencia material con que las distingue la prosódia en orden á su acentuación aguda ó grave, en quanto lo permiten las lenguas vulgares, que carecen del rithmo y medida de las antiguas, mas no de ciertas entonaciones é inflexiones que conservan en boca de quien sabe pronunciar. ¿ Quanta diferencia resulta de pronunciar *cómo* en sentido de interrogante á *como* en su oficio de comparación? Lo mismo podemos decir a *quándo* y *quando*, de *quánto* y *quanto*, de *dónde*



y donde. ¿ Qué detenida y amplia pronunciacion oferecen estas voces *saráo, boáo, mohoso, volúmen?* ¿ Qué ligera éstas *zéfiro, músico, sótano?* Que insonóra y debil estotras, *túrbio, tibio, ténue, ócio, ódio, záfio?* Qué aguda y entonada éstas *zafíro, marengo, balance, melindre, rocío, palenque, ventisca, molienda?*

Hay en todas las lenguas otro principio de harmonía, el qual dimana de la coordinacion de las palabras dentro de la frase, y se puede llamar harmonía oratoria; porque la que se forma de la mecánica estructura de ellas se debe considerar como gramatical, pues depende solamente de la lengua. Pero la harmonía oratoria depende, en parte de la misma lengua, y en parte del ayre con que se maneja; porque, ya que no tengamos facultad para mudar los vocablos de su diccionario, ni inventar otros nuevos, ni quebrantar el uso peculiar de la syntaxis, la tenemos hasta cierto término para disponerlos del modo mas conveniente á la harmonía. Honra es de nuestra lengua y del ayre de la frase del P. Marquez esta tan sencilla como harmoniosa sentencia: *Los apóstoles y varones evangélicos se llaman sal, porque han de dar sabor á las doctrinas de la verdad, desabridas al gusto de la carne flaca.*

A esta harmonia oratoria contribuye mucho la índole de cada lengua. Y sobre todo la de la española, aunque no admite la libertad de la

griega y latina para las transposiciones, se presta sin violencia, antes con gran bizarría, á trocar de muchas maneras la coordinacion natural, sin faltar en ninguna á la gramática, ni tampoco á la claridad de la sentencia. Pero reprueba toda transposicion violenta, y solo autoriza la que se busca, para dar á la frase, ó mas harmonía, ó mas ornato, o mas delicadeza, o mas novedad. *Embarcarónse en Cadiz* (dice Cervantes) *y echando la bendicion á España, zarpó la flota, y con general alegría dieron las velas al viento, que blándo y prospero soplabá.* Pudiera haber dicho *que soplabá blando y próspero*; y no se lo permitió su buen oido. Podia haber dicho tambien *que blanda y prosperamente soplabá*; pero usó felizmente de los adjetivos, huyendo de los adverbios, que por su extensa estructura retardan su corriente á las cláusulas; y hacen floxo el estilo. ¿ Quien no conoce que estos modos *vivia feliz, corrió ligero, habló cuerdo, respondió amoroso*, son mas breves y mas flúidos que no *vivia felizmente, corrió ligeramente, habló cuerdamente, respondió amorosamente?* Por otra parte el adjetivo es mas enérgico, porque, identificandose con el sugeto, determina la calidad mas que el modo. Dice en uno de sus aforismos morales y políticos el P. Nieremberg: *De honrar á la virtud se precien mas los nobles que de ser honrados por ella en sus antepasados: no es esta propia honra suya, sino de sus mayores, que ganaron la honra, y echaron pesada*